

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ana Lucía Ramírez

“Venimos a compartir estos recuerdos”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 68, abril-junio de 2024, pp. 57-60.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

**C**on motivo de los 70 años de haberse fundado la Compañía Titular de Teatro de la Universidad Veracruzana, las siguientes líneas pretenden ser un homenaje a los actores de Orteuv fallecidos recientemente: Hosmé Israel (2016), Félix Lozano (2018), Rogerio Baruch (2020) y Héctor Moraz (2023). Luis Enrique Gutiérrez Ortiz Monasterio, dramaturgo residente, falleció en 2022; sin embargo, su vida y obra merecen un espacio aparte.

# Venimos a compartir estos recuerdos

Ana Lucía Ramírez

**A través de los relatos emocionales de una serie de entrevistas a Marco Rojas, Karina Meneses, Alba Domínguez y Raúl Santamaría, miembros del elenco estable de Orteuv, se pone de manifiesto lo que la partida de sus compañeros significa. Las reflexiones se centran en la dualidad vida y muerte, subrayando la importancia de recordar a quienes partieron.**

A través de los relatos emocionales de una serie de entrevistas a Marco Rojas, Karina Meneses, Alba Domínguez y Raúl Santamaría, miembros del elenco estable de Orteuv, se pone de manifiesto lo que la partida de sus compañeros significa. Las reflexiones se centran en la dualidad vida y muerte, subrayando la importancia de recordar a quienes partieron no solo por sus habilidades escénicas, sino también por su humanidad y amistad. La conexión entre los miembros de la compañía se manifiesta en las historias compartidas, pues describiendo las peculiaridades y rasgos de cada actor, se resalta también la huella perdurable que dejaron.

Sentado a las puertas de la Sala de Exposiciones Ernesto Pe-

lón Bautista (Casa del Lago uv), a dos horas de iniciar la función de *Los cuervos están de luto* y teniendo como fondo decenas de fotografías de montajes emblemáticos de Orteuv –como *Mocetzuma II* (1953), *La virgen loca* (1974) o el estreno reciente de *Juana Ramírez* (2023)–, Marco Rojas recuerda a los que ya no están: “Sus muertes sucedieron tan rápido que no hubo tiempo para reflexionarlas. Generalmente en las familias, cuando hay una pérdida, hay un tiempo de duelo. Existen ceremonias y luego un espacio en que vas acostumbrándote a extrañarlos. Dejan la mesa vacía, dejan un plato. Les guardamos un lugar”.

Pero aquí en la Compañía, desde la ausencia de Hosmé Is-

rael, Marco siente que no hubo esa oportunidad. Aunque en algunos casos hubo homenajes o alguna ceremonia, ellos siguieron en una vorágine de ensayos y funciones, lo que les impidió, de algún modo, abandonarse al dolor. “Cuando en una familia se muere alguien, nadie ocupa ese lugar; pero en el teatro, dejas un lugar en un reparto y rápidamente alguien te sustituye”.

Cuando Félix Lozano murió, el 8 de mayo de 2018, Marco se sintió abandonado de las carcajadas y las conversaciones a voz amplia que solía tener con él. Ellos tenían una relación muy cercana desde que entraron juntos a la Facultad de Teatro de la uv. “Nos gustaba mucho mentar madres, pero siempre riéndonos, siempre”, reitera Marco sonriente.

Raúl Santamaría habla del carácter fuerte de Félix Lozano. Lo recuerda como un luchador imparable; luchaba por su personalidad, su trabajo, por defender lo que consideraba importante. “Héctor Moraz y Félix tenían un carácter similar; eran explosivos, pero sus luchas eran distintas: Héctor por lo colectivo y Félix por causas personales: ser responsable de sí mismo, hacer las mejores obras, ser constante y congruente con ello”.

Félix siempre estaba bien dispuesto y con frescura en la escena a pesar de sus años en la profesión. “Su compromiso con el teatro era evidente –comenta Karina Meneses–; su apertura y disciplina lo destacaban del resto. Félix y Héctor eran de los primeros que te recibían en la Compañía, y si tenías dudas, ellos te ayudaban desinteresadamente. A pesar de enfrentar problemas de salud, Félix nunca reveló la gravedad de su enfermedad. Asistió a ensayos y funciones hasta que se vio obligado a retirarse”. Karina recuerda ensayar la lectura dramatizada de *Carballido en su tinta*, de Luis Enrique Gutiérrez Ortiz Monasterio, donde Félix y ella daban vida a los personajes narradores. Todo iba bien hasta que Félix comenzó a olvidar sus textos, cosa extraña en él. Después de las vacaciones de Semana Santa, ya no volvió. “Dijeron que se integraría más adelante, pero nunca llegó, nunca lo volvimos a ver.”

Una de las obras más icónicas en las que participó Félix fue *Beisbol* (2013), escrita y dirigida por David Gaitán. Alba Domínguez la describe como un trabajo íntimo y doloroso, donde los personajes son los propios actores, con sus sueños, fracasos y defectos. *Beisbol* hablaba del ser humano y del sentido de la vida, la trascendencia. Félix insistía: “Vamos a reponer *Beisbol*, por favor, vamos a reponerla”, pero de pronto –refiere Alba– “Félix estaba muy mal. Nadie sabía que tenía una enfermedad que desembocaría en la muerte”. Cuando decidimos reponer *Beisbol* sin Félix, todos quisieron participar. David Gaitán decidió hacer otra versión a la que tituló *Beisbol. ¡Extra innings!* (2020), como un homenaje tanto a Félix como a Martha Benítez, la diseñadora de iluminación de *Beisbol*. que murió poco antes. Tenemos una foto de todos: Tenzing Ortega, escenógrafo de

*Beisbol*, quien también falleció, Martha, Félix, Baruch, Héctor... Ha sido muy duro ver cómo se van yendo”.

Nadie suplió a Félix en esa obra, era imposible. En esa nueva versión, aparecía su vestuario en escena. Iris Ladrón de Guevara, quien formó parte de ese elenco, usaba una máscara negra para representar la sombra de Félix en una coreografía.

“Estrenamos el 12 de marzo de 2020, en La Caja, y al siguiente fin de semana entramos en cuarentena. En esa nueva versión, Gaitán añadió el texto: ‘Esta obra se seguirá haciendo hasta que el último de nosotros muera’. Luego, cuando falleció Baruch, ya no tocamos el tema *Beisbol*, y estaba reciente lo de Baruch cuando murió Héctor... Estoy segura que Luzma nos va a enterrar a todos”, señala Alba, refiriéndose a Luz María Ordiales, la actriz más longeva.

Otro de los montajes emblemáticos de Orteu es *Psico/Embutidos: Carnicería escénica* (2014), la obra escrita y dirigida por Richard Viqueira que vio partir a Hosmé Israel. Raúl Santamaría afirma que Hosmé se fue en pleno ascenso de esa producción, y así recuerda el día en que murió: “Lo vimos esa mañana. Hacíamos guardia para la presentación de *El puro lugar* (2016), que dirigía Jorge Vargas. Nos pidieron que revisáramos el espacio. Teníamos que vigilarlo porque la puesta en escena sucedía en un espacio donde antes habían golpeado a unos estudiantes. Hosmé me dijo, ‘nos vemos al rato’, porque yo iba a ir a la función aunque no formaba parte de ese montaje. Hosmé se fue rumbo al hospital a hacerse un examen de rutina, no recuerdo, pero era algo que tenía agendado. Más tarde nos avisaron que falleció”.

A Raúl le consterna que Hosmé se haya ido de forma tan abrupta y durante el proceso

de *Psico/Embutidos*, que precisamente hablaba de la muerte. “Piensas que las personas van a estar ahí en la escena; que el compañero estará compartiendo las tablas contigo y que un montaje tendrá infinidad de representaciones, cuando sabemos que no es así, que la vida es finita al igual que las obras”.

Alba recuerda lo difícil que fue dar, al poco tiempo, funciones de *Psico/Embutidos* en Brasil, ya que no solo había cercanía con el público, sino entre actores, quienes permanecían desnudos en escena mientras duraba la representación. No era solamente el hecho de quitarse el pudor, sino conocerse, reconocerse en lo individual y en lo colectivo. También explica: “En Brasil nadie suplió a Hosmé. En el cubículo que él debía ocupar, Viqueira puso una capilla ardiente con un texto que me parece también pusieron en portugués. El público entraba a esperar por dos minutos”.

Cuando murió Hosmé, todos nos reunimos en su casa, en la calle Los Leles, donde lo velaron. Al funeral acudió muchísima gente, no solo la comunidad teatral. Hosmé era una figura muy querida por los xalapeños. Hosmé era *La virgen loca*. Llenaba la Sala Grande del Teatro del Estado. Cuando a la Universidad le hacía falta dinero, le pedían a Hosmé que diera función de *La virgen loca* para obtener recursos. Tenía gran capacidad de convocatoria. Por ahí se dice que si no viste *La virgen loca* no eres xalapeño. A pesar de ser reconocido como un actor destacado y ganador de un récord Guinness, él nunca dejó de ser accesible. “Él era gente de a pie” –señala Karina Meneses–; era una presencia muy fuerte, imponía, pero siempre cercano a su público”.

Alba recuerda en el funeral de Hosmé Israel la incredulidad de todos ante tal suceso. Quienes



*Las muertas* (2015). Foto: Samuel Padilla

formaron parte de la Infantería Teatral estaban devastados. Confiesa no saber si las muertes unen o también, a cierta edad, nos hacen más herméticos, “porque llega un punto en que no quieres tocar esos temas y prefieres no hablar”.

Rogelio Baruch, quien es recordado con mucho cariño, también murió de forma intempestiva. Su sonrisa, siempre presente, se convirtió en su sello distintivo. Baruch, además de ser afable y generoso, era un hombre de muchas facetas: bailarín, locutor, acróbata, actor de teatro, cine y televisión, político, activista social, practicante de Tai Chi, Kung Fu y otras artes marciales. Hacía cosas increíbles en el escenario.

“Baruch y Carlos Ortega, también actor de la compañía, eran muy unidos, siempre andaban juntos, militaban en el mismo partido político, expresa Alba. Hacían labor de convencimiento en las comunidades. Du-

rante algún tiempo publicaron la cartelera cultural *La Farándula...*” Debido a esa amistad tan entrañable, comenzaron a llamarles “las siamesas de Tomistón”, ya que en *Odio a los putos mexicanos* (2007) había un personaje con dicho nombre. Alba cuenta cómo en el proceso de ese montaje pudo constatar –junto con Miriam Cházaro, ambas directoras del montaje– la genialidad de Baruch: “Cada propuesta suya era brillante; sin embargo no la fijaba. Cuando le decía: ‘Pero si ya lo hiciste, Baruch’, me respondía: ‘Es que no sé qué hice’; pero siempre llevaba a buen puerto a sus personajes”. Era encantador verlo interpretar a James Brown en *Odio a los putos mexicanos*, verlo bailar, ejecutar magistralmente su discurso de predicador. Aparte de una voz increíble y un sentido musical excepcional, tenía un fino humor negro.

Alba tiene muy presente un ensayo de *Beisbol. ¡Extra innings!* en el que los fumadores, Juana, Héctor y ella, salieron a “echarse un cigarro”. Baruch no fumaba, pero ese día salió también. “¿Qué haces aquí?, le pregunté, ¿No estás renegando siempre del cigarro? Y en ese momento su rostro cambió. ‘Tengo miedo del bicho porque tengo EPOC’ [Enfermedad pulmonar obstructiva crónica], nos confesó. Yo no lo sabía. A pesar de haber convivido tanto tiempo, hay cosas que uno guarda para sí”. Tiempo después, Alba supo, por un video realizado por Raúl Santamaría, que Baruch tenía problemas crónicos de pulmón que no le permitieron ser cantante.

Unos días antes del confinamiento por la pandemia se estrenó *Beisbol. ¡Extra innings!* La Universidad cerró sus recintos y canceló actividades de manera indefinida. A Baruch lo indignó esa situación. “Demos función el próximo fin de

semana”, exclamó. “¿Función?, replicó Alba. No, niño, van a cerrar la zona. No podemos dar funciones”. Baruch no concebía que solo dieran función un fin de semana del remontaje de una obra tan dolorosa que llevaba consigo el peso de la muerte de Félix Lozano, y que era una forma de rendir homenaje al teatro y a sus muertos.

Para Alba sigue siendo un recuerdo difícil de asimilar cuando, meses más tarde, Juana María Garza y Raúl Santamaría informaron en el grupo interno de WhatsApp de Orteuv que Baruch tenía covid y, días después, que su oxigenación era de 82. La información llegaba a cuentagotas. Más tarde se supo que había ingresado al Centro de Alta Especialidad Dr. Rafael Lucio, que lo intubaron. Fue entonces cuando empezaron a reunirse cada tarde por videollamadas, para estar acompañados de algún modo.

Alba recuerda que, sin ánimo, “prendía la cámara de la computadora para orar un momento, sobre todo por respeto a aquellos que creen”. Sentía que la enfermedad de Baruch no tenía remedio, pero se aferraba a la esperanza. Alba no dejaba de pensar en la hija de Rogerio que estaba en Viena sin poder viajar, sin poder ver a su padre. Para Baruch no hubo velorio. Sus amigos, su familia de sangre y la escogida no pudieron acompañarlo. Queda pendiente ese cierre.

No pasó así con Héctor Moraz, quien coincidentemente falleció el 26 de agosto de 2023, el Día Internacional del Actor. Para él sí hubo funeral de cuerpo presente, palabras de consuelo, homenaje, amigos a los que abrazar para sobrellevar el adiós; sin embargo, para el elenco, Héctor continúa suspendido en una especie de limbo, pues es una ausencia que no acaban de procesar.

Héctor llegó a la compañía a través de la Infantería Teatral. Como estudiante se dio cuenta de que el teatro era su verdadera vocación. Abandonó la arquitectura cuando en esa facultad conoció a Arturo Meseguer, que había creado un grupo de teatro al que Héctor se inscribió.

A Héctor le preocupaban las personas y Orteuv, evidentemente, puesto que era su hogar. Cuidaba perros callejeros: les dejaba alimento en los postes. Dedicaba mucho tiempo a regar las plantas de La Caja. Tanto Hosmé como Héctor procuraban a La Caja como a su casa. “Ahora mismo, por ejemplo –señala Santamaría–, el reloj de La Caja está parado. ¿Por qué? Porque no está Héctor. Sin que nadie se lo dijera, él se encargaba de ponerle pila”.

Para Alba Domínguez existen acciones que son propias de cada persona, y cuando la persona falta se nota en la ausencia de las mismas. Por ejemplo, cuando murió Hosmé, Héctor cubrió su lugar y regó las plantas, como una especie de legado.

Héctor era muy enojón, pero noble y agradable. Una de las cosas que más le molestaban era que la Compañía Titular no tuviera un teatro propio. “Olvídalo –le decían los compañeros–, eso del teatro es una utopía, es imposible”. Él se enojaba y les gritaba con el afán de empoderarlos: “Es que no hay espíritu, no hay espíritu. Tenemos que pelear”.

Que la Compañía Titular de la UV tuviera un teatro como sede era algo que, hasta hace un año, parecía imposible. Lo habían demandado por décadas y nadie los escuchaba. Héctor estuvo por lo menos 20 años peleando por ello. Siempre que se reunían con algún funcionario, Moraz pedía que lo anotaran porque “cuando me toque hablar, yo voy a pedir un teatro”.

Héctor alcanzó a enterarse de que finalmente les iban a construir un teatro, pero ya no pudo acudir al llamado donde el rector y el gobernador confirmaron la noticia, ni ver cómo, el 13 de diciembre de 2023, se colocaba la primera piedra para su edificación.

Para los actores de Orteuv, afrontar la vejez es complicado, afirman. Experimentan cambios físicos que limitan lo que solían hacer, y eso es difícil de sobrellevar. La memoria merma y el humor se transforma. Observan cómo la salud de algunos se debilita y otros parten, siendo un golpe terrible porque sus relaciones más cercanas están ahí.

La noción de homenaje incomoda a quienes dedican su vida a las tablas. “Los homenajes se hacen en vida”, afirman los entrevistados, porque en su percepción, actuar, enfrentar los desafíos de la escena, es un reconocimiento que va más allá de los aplausos póstumos. Recordar a aquellos que han partido se convierte en una práctica de resistencia contra el olvido. Las plantas que antes cuidaba Hosmé y después Héctor, ahora se secan al no tener quien las riegue. Las ausencias, como la de Baruch, se sienten en cada remontaje, pues su sonrisa siempre se extrañará, así como la mirada única y la energía vital de Félix.

En la memoria de la Compañía y los espectadores, los actores nunca mueren; sus historias perduran. Tal vez, la mejor forma de rendir tributo a los que ya partieron es mantener viva a la Orteuv. **LPyH**

**Ana Lucía Ramírez** es dramaturga, actriz, gestora y productora xalapeña. Licenciada en Teatro por la UV. Egresada de la maestría en Creación Teatral de la Universidad Carlos III de Madrid. Cofundadora de Área 51, foro teatral de Xalapa.